



Figura 1: Molino de vaivén naviforme con restos de almagre.

La producción simbólica

Los restos de almagre¹ que quedaron adheridos a algunos molinos nos introducen en el ámbito de la producción de pigmentos y de las representaciones que con ellos fueron elaboradas en el seno de la población prehispánica de Gran Canaria. El trabajo de manipulación de esos artefactos de molturación para la obtención del color rojo, la producción y reproducción de todo un lenguaje visual de significado social elaborado a partir de esas pinturas, y las personas en cuyas manos recayeron tales procesos, son cuestiones que tratan de dibujarse en esta Pieza del Mes.

“Y había pintores que era oficio más de mujeres que de hombres” (Abreu, 1977: 159).

¹ Tierra roja rica en óxido de hierro.



El Museo Canario

Dr. Verneau, 2 Vegueta
35001 Las Palmas de Gran Canaria
info@elmuseocanario.com
www.elmuseocanario.com

Objeto: Molino de vaivén naviforme

Clasificación genérica: Industria lítica. Material de molturación

Materia: Basalto

Técnica: Percusión, labrado, abrasión

Función: Procesado de almagre mediante fricción y machacado para su reducción a polvo.

Dimensiones: Longitud: 37 cm; anchura: 11,9 cm; altura máxima: 7,5 cm; profundidad máxima de la cavidad: 5,46 cm.

Descripción: Molino de vaivén naviforme que presenta cavidad oval de sección en U, excavada siguiendo la longitud de la pieza. Esta depresión estaría destinada a servir de superficie de trabajo (superficie activa), depositando en ella la materia que iba a ser molturada mediante la fricción ejercida con un elemento activo o “mano” que no se conserva. Las irregularidades de las vacuolas del basalto con el que se confeccionó, propiciarían la retención del material a procesar. Las paredes y fondo de esta superficie activa aparecen completamente recubiertas de residuos de almagre. Uno de los extremos del molino está abierto, lo que permitiría verter o extraer el almagre una vez hubiera sido pulverizado. La base de la pieza presenta una tendencia convexa.

En cuanto a los estigmas de uso que pueden observarse, se detectan, entre otros, pulidos, desgastes y estrías paralelas a la longitud del artefacto, resultantes de los procesos de trabajo llevados a cabo. La orientación de las estrías indica que la mano se usó siguiendo un movimiento de fricción bidireccional.

Contexto cultural: Periodo prehispánico de Gran Canaria.


Procedencia: Los Caserones, La Aldea de San Nicolás, Gran Canaria. Poblado de estructuras de piedra integrado por espacios de uso doméstico y funerario.

Datación: Una parte mayoritaria de las dataciones obtenidas

para este enclave se realizó a finales de la década de 1970 en el laboratorio de radiocarbono de la universidad Gakushuin de Tokyo, en Japón, cuyos resultados han sido cuestionados por su escasa fiabilidad. Además, tales dataciones se llevaron a cabo sobre restos de madera, un material que puede envejecer notablemente las muestras. Por estas razones, en la actualidad las dataciones más fiables para este núcleo de población se corresponden con las aportadas por restos humanos del conjunto sepulcral (Alberto y Velasco, 2009) y hueso animal recuperado en contexto doméstico (Cabildo de Gran Canaria, s.d.), que en ambos casos arrojan fechas situadas entre los siglos XIII y XIV d.C.



Figura 2: Extremo del molino con área rebajada para la evacuación del pigmento una vez ha sido pulverizado.




Comentario: Los molinos de mano son piezas recurrentes en los enclaves domésticos de los antiguos canarios, empleados en el procesado de los cereales para su transformación en harina o gofio. Sin embargo, se conservan algunos ejemplos que muestran cómo una parte de estos instrumentos de trabajo fue destinada a la molienda de almagre para la obtención de pigmentos rojos, de lo que un ejemplo es el molino de vaivén naviforme que protagoniza esta Pieza del Mes.

Los molinos naviformes constituyen elementos pasivos en los que se deposita la sustancia a transformar, en este caso el almagre. Un elemento activo, denominado mano y que aquí no se ha conservado, serviría para ejercer fricción sobre la pieza pasiva siguiendo un movimiento de vaivén con el que se pulverizaría el almagre. Para la confección de este molino se seleccionó basalto, una roca volcánica de grano grueso que constituye la materia prima más frecuentemente empleada en la elaboración de molinos naviformes y morteros, dada su natural tenacidad y dureza, que permitiría a este tipo de piezas resistir los impactos y la fricción a los que se vería sometida durante su uso (Naranjo y Rodríguez, 2015).

Además de los molinos, formando parte del repertorio de las industrias líticas de la población aborigen de Gran Canaria están presentes también otros instrumentos de piedra que conservan residuos de almagre adheridos, y que debieron de participar, por ello, bien en las labores de producción de este pigmento, bien en los procesos de fabricación de piezas sobre las que fue aplicado el colorante, como es el caso de algunos instrumentos relacionados con la actividad alfarera. Tales materiales ponen de manifiesto que la producción de pigmentos y las actividades de “decoración” en las que intervinieron formaron parte de los trabajos desempeñados en

el seno de la sociedad de los antiguos canarios. Y de ello da cuenta especialmente la diversidad de soportes que recibieron este pigmento. Así, recipientes cerámicos, pequeños contenedores de piel, paredes interiores de arquitecturas o esculturillas de barro cocido registran motivos geométricos o embadurnados elaborados mediante la aplicación de pigmentos rojos. Tras todas estas materialidades se encuentra el trabajo de determinadas personas que produjeron estas manifestaciones pictóricas.

Lo cierto es que si la producción cerámica es un trabajo de mujeres, como relatan las fuentes etnohistóricas y evidencian los marcadores de actividad en huesos (Santana, 2011-2012), cabría plantear que la recolección de pigmentos como el almagre, su molienda, preparación y aplicación fue una labor en manos de mujeres, pues la decoración formaría parte intrínseca del proceso de elaboración de buena parte de los recipientes. El mismo planteamiento cabría argumentar para aquellos escasos ejemplos conservados de decoración geométrica con pigmentos rojos sobre objetos de piel, trabajo, el de la artesanía de la piel, que los marcadores en dientes permiten asignar al menos a una parte del segmento de la población femenina (Delgado *et al.*, 2002). De igual manera, las fuentes etnohistóricas presentan a las mujeres como las artífices de las pinturas que cubren las paredes interiores de algunas cuevas y arquitecturas de piedra: “Los canarios tenían entre ellos oficiales de hacer casas debajo y encima de la tierra, carpinteros, sogueros que trabajaban con yerbas y con hojas de palma y preparaban las pieles para vestidos. La mayor parte de estos oficios los hacían las mujeres, así como la pintura (...) trabajos para hermohear el interior de las casas y adornarlas” (Torriani, 1978: 113). Podríamos ver así a determinadas mujeres indígenas como las responsables de producciones tan significativas



como los frisos que adornan la Cueva Pintada de Gáldar, cuyos análisis ponen además de manifiesto una compleja elaboración en la que se identifica el uso de morteros, enlucidos y pigmentos, además de repintes que indican por tanto posteriores trabajos de mantenimiento de las superficies decoradas (Sánchez *et al.*, 2007). Las manifestaciones pintadas que cubren múltiples superficies estarían definidas por su contenido simbólico, constituyendo este repertorio de representaciones un lenguaje codificado y por tanto cargado de significado. Los diseños pintados producidos por las indígenas se presentan así como contenedores y transmisores de información, de mensaje, pudiéndose definir el conjunto de representaciones por ellas elaborado como un programa iconográfico en el marco de la estructura social de los antiguos canarios y, por tanto, definido y pautado socialmente.

En este contexto cabría plantear entonces una gestión por parte de las mujeres de aquellos códigos que rigieron las representaciones pictóricas, y que sin duda impregnaron buena parte de la cotidianidad del conjunto de estas poblaciones. Así, si atendemos a los contextos de los soportes que acogen las pinturas, se aprecia que estamos en muchos casos ante ambientes domésticos, por lo que la ornamentación y todo su contenido simbólico ejercerían su papel comunicador en la vida cotidiana de estas comunidades. Además, dada la diversidad de soportes sobre los que se desarrolló este sistema visual, podría hablarse de una multiplicidad de canales a través de los cuales se transmitía la información que albergaron. Tampoco podemos olvidar una manifestación como las pintaderas de barro cocido, que representan iguales diseños geométricos a los registrados en las decoraciones de las cerámicas, paredes interiores... y que muy probablemente fueran también producto de una manufactura femenina.

Todo lo dicho pone de manifiesto el papel de las mujeres en la socialización del grupo a partir de la producción de elementos simbólicos como las representaciones pintadas, erigiéndose en transmisoras de aquellos valores y principios que se reproducen con tales imágenes. En cualquier caso, no puede pasarse por alto que estamos ante una simbología que respondería a los esquemas sociales que rigieron a este grupo humano, interviniendo por tanto en la construcción y reproducción social de la comunidad.

Por otra parte, la producción de este lenguaje simbólico requeriría de todo un proceso de aprendizaje para la adquisición de una serie de conocimientos y habilidades tecnológicas que van desde el reconocimiento, recolección y preparación de las materias primas susceptibles de ser transformadas en pigmentos, hasta el control de los principios que determinan qué motivos han de ser representados, cómo han de combinarse, sobre qué superficies, cuándo y quiénes los portaban...

Podría además plantearse que el ejercicio de transmisión, y por tanto la enseñanza de unas determinadas maneras de hacer y del propio corpus de representaciones de los motivos pintados, fue una labor ejercida, en parte, por determinadas mujeres de edad avanzada si damos por ciertas las referencias que recogen algunas fuentes etnohistóricas (por ejemplo, Sedeño, en Morales, 2008: 375-376). Fueran o no unas mujeres concretas las transmisoras, lo cierto es que maestras y aprendizas se convierten en garantes de la memoria y de los gestos que reproducen tales simbologías, erigiéndose en reproductoras de todo un mundo simbólico, de un lenguaje codificado. Su elaboración formaría parte de una rutina cotidiana de aprendizaje, práctica y manufactura (Calvo y García, 2014), sobre todo cuando buena parte de esas pinturas fueron

destinadas a ocupar muy diversas superficies que habitaron los ambientes domésticos de la comunidad, como las propias cerámicas.



Figura 3: Detalle en el que se aprecian los residuos de almagre, un pigmento mineral natural cuyo color viene dado por su elevado contenido en óxido de hierro.

La extensión de los diseños pintados al conjunto de la isla y su dilatado empleo en el tiempo –testimoniados por las evidencias arqueológicas¹–, así como la estandarización de los patrones que semejan las representaciones pintadas –como las propias pintaderas– apuntan a que las mujeres aborígenes transmitieron los conocimientos necesarios para la reproducción de estos motivos a lo largo de diferentes generaciones, y por tanto el lenguaje codificado que esas imágenes configuran. Esta extensión

¹ En el caso de las cerámicas, el estudio de estas producciones ha documentado un incremento de los recipientes decorados en los momentos más recientes del periodo aborigen, vinculando tal aumento a transformaciones sociales en la isla (Pino *et al.*, 2016).

en el tiempo y en el espacio habla de la trascendencia social de un lenguaje visual elaborado por las indígenas, y apunta a que estamos ante un sistema de símbolos que se erigiría en elemento de cohesión cultural y social, aprendido mediante la tradición. Con esta Pieza del Mes se ha tratado de poner de manifiesto la necesidad de incorporar nuevas lecturas y acercamientos a las manifestaciones del pasado, que permitan sacar a la luz y dar protagonismo a los propios actores sociales de la Historia; en este caso, mujeres aborígenes en cuyas manos descansó una parte de la producción simbólica que sustentó la manera de entender el mundo por parte de la comunidad de la que ellas formaron parte: los antiguos canarios.


Bibliografía

ALBERTO BARROSO, V.; VELASCO VÁZQUEZ, J. “El espacio funerario de Lomo Caserones (La Aldea de San Nicolás, Gran Canaria): nuevos datos para su comprensión arqueológica”. *Estudios canarios: anuario del Instituto de Estudios Canarios*, LII (2009), pp. 11-29.

CABILDO DE GRAN CANARIA. “Ficha de yacimiento: Caserones”. En: *Gran Canaria: un viaje en el tiempo*. [En línea]. Disponible en: <http://dataciones.grancanariapatrimonio.com/fichaDataciones.php?code=20001> [Consulta: 25 de noviembre de 2018].

CALVO TRÍAS, M.; GARCÍA ROSSELLÓ, J. “Acción técnica, interacción social y práctica cotidiana: propuesta interpretativa de la tecnología”. *Trabajos de prehistoria*, 71 (1) (2014), pp. 7-22.

DELGADO DARIAS, T. *et al.* “Huellas de trabajo en piezas dentarias de la población prehispánica de Gran Canaria”. En: Clemente, I.; Risch, R.; Gibaja, J.F. (eds.). *Análisis funcional: su aplicación al estudio de sociedades prehistóricas*. Oxford: Archaeopress, 2002, pp. 295-305.



MORALES PADRÓN, F. *Canarias: crónicas de su conquista*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2008.

NARANJO MAYOR, Y.; RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A. “Propuesta de clasificación de los instrumentos de molienda y otro utillaje lítico no tallado de los antiguos canarios: hacia una tipología morfo-funcional”. En: *XXI Coloquio de Historia Canario-Americana (2014)*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2016. [En línea]. Disponible en: <http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/CHCA/article/view/9557> [Consulta: 21 de noviembre de 2018].

PINO CURBELO, M. del. *et al.* “Las cerámicas aborígenes de Gran Canaria (islas Canarias) a través del yacimiento de La Cerera: materias primas, tecnología y función”. *Trabajos de prehistoria*, 73 (1) (2016), pp. 90-114.

SÁNCHEZ MORAL, S. *et al.* “Estudio de los materiales constituyentes de muestras de los paneles policromos de la Cueva Pintada: de la investigación a la intervención”. En: Onrubia Pintado, J; Sáenz Sagasti, J.I.; Rodríguez Santana, C.G. (eds.). *La conservación en la musealización de la Cueva Pintada*. Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2007, pp. 151-168.

SANTANA CABRERA, J. “Patrón cotidiano de actividad física y organización social del trabajo en la Gran Canaria prehistórica (siglos XI-XV): la aportación de los marcadores óseos de actividad física”. *Tabona*, 19 (2011-2012), pp. 125-163.

TORRIANI, L. *Descripción de las islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Goya Ediciones, 1978.

Autora de la ficha: Teresa Delgado Darías
(Conservadora de El Museo Canario)